

Las fake news y su influencia sobre la idea de Europa

Ignacio Sánchez Amor

Diputado al Parlamento Europeo

Este fenómeno de las *fake news*, ¿es solo un producto de la posibilidad de una difusión rápida y universal de la noticia o tiene algo que ver con alguna especie de espíritu del tiempo, un *zeitgeist*, con alguna particularidad sobre cómo enfrentamos a la realidad en este momento los occidentales?

Creo que se trata de un fenómeno trascendente en este momento histórico, no solo porque haya unos medios de comunicación y noticias que alcanzan con una gran rapidez una enorme difusión, sino también porque el espíritu del tiempo nos está llevando de manera indolora a este tipo de nuevos modos de conocimiento (o desconocimiento). Hemos pasado de una época en la que los grandes relatos eran los que explicaban el mundo a otra en la que la realidad se hace jirones. La religión, el liberalismo, el marxismo, el ecologismo más recientemente, eran aquellos grandes relatos que organizaban la mente y nos daban una visión completa del mundo, creían tener respuesta para casi todo. Ahora hemos pasado a que esos grandes relatos se hayan descosido y nos queden, detrás de las grandes verdades, solo restos de esas *little lies*. Yo lo resumiría en que esta es una ola de un irracionalismo que ha vuelto al mundo intelectual occidental. Muchas expresiones de ese irracionalismo se han expuesto aquí: el nacionalismo por ejemplo, o el hecho de que ya no existen grandes causas.

Quiero poner un ejemplo que puede resultar un tanto peligroso, pero me atreveré a hacerlo. La izquierda, o el pensamiento progresista, ha defendido siempre las grandes causas intentando crear grandes sujetos. La clase trabajadora era el sujeto por excelencia, el autor y el actor de la historia. ¿Cómo hemos pasado en el pensamiento de izquierdas a que ese gran sujeto se haya fragmentado hasta el extremo de que sea necesario que cada persona se ubique en un pequeño nicho identitario para reconocerse?



Hace no tantos años, la defensa del movimiento homosexual se escribía con tres letras: LGB. Hemos pasado a LGTB, LGTBI, LGTBIQ o LGTBQ+. La gente quiere reconocerse en el más pequeño cajoncito cuando antes bastaba con decir soy de izquierdas, soy clase trabajadora y estabas en el mundo. He puesto un ejemplo que proviene más del pensamiento progresista que de otros porque creo que la izquierda ha caído efectivamente en esta especie de particularismo, en el cual las grandes batallas se traducen ya en pequeñas microbatallas que están distribuidas en pequeños cajones. No es por sí malo, quizá se alcanzan recovecos sociales y personales a los que no se llega con los grandes discursos generalistas. Este fenómeno me parece parte de esta ola de irracionalismo a la que se refería Beatriz Marín cuando citaba el lenguaje de las emociones, que tiene que ver con la versión más tradicional del irracionalismo. Como tiene que ver el discurso de la identidad, como lo tiene que ver el discurso nacionalista o el discurso anticientífico, que lo ha habido siempre pero no con la capacidad de penetración que tiene ahora. No se habían puesto nunca antes en duda la utilidad de las vacunas provocando riesgos de una gran parte de la población, especialmente la infantil. No se había puesto en duda el evolucionismo y ahora en numerosos sitios se admite oficialmente que es perfectamente legítimo enseñar que el mundo se creó en siete días. O aspectos como el cambio climático, que también se discute a pesar de las abrumadoras evidencias. Pues este nacionalismo, o este anticientifismo, este lenguaje emocional, este retorno al “calor del establo”, al pequeño establo de cada uno, es el caldo de cultivo para muchas cosas de las que están pasando.

Uno de los epifenómenos de este espíritu del tiempo es precisamente el de las *fake news*, porque tiene muchos de esos elementos como la rapidez, la emocionalidad, una especie de ese “click” automático y primario por el que alguien reenvía un mensaje en redes sociales sin mirarlo detenidamente (o si acaso mirando al emisor), en una especie de deliberada abstención (momentánea o permanente) de

la racionalidad. “Me llama la atención”, “me preocupa”, “me produce miedo”, “me produce curiosidad”, etc. Y yo inmediatamente me hago parte de esa cadena que me une a toda una numerosa comunidad que acoge con alborozo esas *fake news*.

Hemos hablado de lo antiguo que es el fenómeno de las *fake news* y de sus muchos ejemplos históricos. En este caso, me gustaría referirme al primero de todos, mítico, no histórico, pero muy explicativo. El primer rastro de falsa noticia que incluye un interés insidioso (y no solo el de crear confusión) es el ofrecimiento de la manzana por la serpiente a Eva. Porque no hay solo un discurso envolvente que diga “tú no hagas caso, desobedece, tú cómete la manzana”. No, no, el discurso era cómete la manzana para ser inmortal como Dios, porque Dios te ha prohibido comer la manzana, que lo sepas, para solo él ser inmortal. Esa especie de insidia en la que al final buscas a alguien a quien manipular y a alguien a quien perjudicar está ya en ese ejemplo bíblico. Y me diréis, bueno, era una serpiente hablando a una señora desnuda, algo que solo volvió a suceder en el Libro de la Jungla, sí, pero era la mitad de la humanidad. Y cuando esa mitad de la humanidad habló con la otra mitad, toda la humanidad había sido contaminada por esa primera *fake news* insidiosa de la manzana del árbol del bien y del mal. Por lo que también contenía, además de la insidia, la voluntad de extenderse todo cuanto fuera posible.

En realidad, yo creo que no podemos hablar de *fake news* en el sentido en el que lo utilizamos ahora si no contamos con medios de comunicación que permitan una difusión enorme e instantánea. Obviamente la imprenta supuso una enorme revolución en la capacidad para transmitir información, un paso absolutamente incomparable con lo que pasaba antes, pero que a nosotros ahora ya se nos queda muy pequeño. Seguramente los pulpitos de las iglesias católicas han sido uno de los altavoces ideológicos más extendidos por el mundo y con más capacidad de penetración en las cabezas de la gente, pero en realidad creo que debemos hablar de *fake news* cuando se habla de medios de comunicación de masas, como en el caso de los periódicos de Randolph Hearst. Hablaban los periódicos de Hearst y provocaban una guerra con España al decir que se les cortaban las orejas a los indígenas de Cuba y eran lanzados a los tiburones; o que el Maine había sido volado por los españoles. Ahora la capacidad de penetración en la opinión pública es infinitamente mayor, pero también entonces los periódicos de Hearst tenían una gran capacidad para desencadenar movimientos políticos. Y además la gran novedad de la temporada, el *deep fake*, que ataca por el lado de la credibilidad en la usurpación de la imagen de una persona para hacerle decir cosas que nunca ha dicho con una extraordinaria verosimilitud, de modo que no aparecen las características formales que pueden hacer sospechar que se está ante una *fake news*.

¿Cuál es el problema ahora? El problema ahora creo que es la falta de jerarquía en la enorme cantidad de información de que se dispone. Ya da igual un editorial de *Le Monde* que un tuit, da igual que sea un tuit de una persona reconocidamente poco formada o poco perspicaz. Esa falta de jerarquía en la información es la que

produce que un tuit de una persona a la que no hay por qué suponerle mayor información sea capaz de competir con equipos de periodistas profesionales, más cautos y que necesitan más tiempo para verificar las informaciones.

Algo así nos pasaba con las *fake news* sobre Cataluña que se hacían circular por el mundo. Nosotros nos poníamos a intentar cortocircuitar la vía diciendo, bueno, ya el embajador va a hablar con el editorialista del *Times* el sábado. Error. O tienes un vídeo en dos horas o tú no estás en este mundo. Es decir, esa rapidez y capacidad hay que tenerla y ya no podemos jugar con los periódicos para este tipo de guerra mediática. Para intentar jugar en este campo de batalla hace falta entender que ya no hay jerarquías y que la gente le hace el mismo caso a un mensaje de WhatsApp del vecino que al periódico más serio. Que cuesta mucho hacerlo, cuesta mucho pagar a un periodista, cuesta mucho formarlo y cuesta mucho tener información contrastada. Por eso el asunto también tiene mucho que ver con el estado calamitoso de la profesión periodística. Ya no se les paga como su función social merece; he visto anuncios de prensa en los que se solicitaban periodistas y una de las habilidades que se les pedía era rastrear noticias en la web. No ir a averiguar cosas, contrastarlas, entenderlas, etc. No, yo quiero un periodista al que voy a pagar una miseria para que esté rastreando por la web cosas que puedan llamar la atención.

El que las cosas no vayan tan mal como podrían haber ido en las elecciones europeas tiene que ver con una cierta penetración de esta sensación de alarma en la población. El exceso de información produce ruido, como pasa en la Teoría de Juegos. Si pones una radio a tu lado tienes información, si pones dos empieza a ser confuso. Si pones siete u ocho emisoras al mismo tiempo no tienes información, tienes ruido. Y esto es lo que está provocando esta viralidad facilitada por las redes sociales. Para empezar, está provocando que no haya una jerarquía, como decíamos, sino un enorme ruido en el que cada cual elige aquello que le refuerza en su prejuicio. Este es un elemento en el que parece que empezamos a estar todos de acuerdo.

Los resultados de esa creciente alarma, si los hay, se verán muy poco a poco y no será fácil que se asienten. Al menos eso es lo que indica la historia. Seguramente muchas personas van a seguir pensando del mismo modo que han pensado toda la vida, como quienes nunca han creído que se haya llegado a la luna y aseguran que se trataba de un montaje en un estudio de televisión. O, por ejemplo, el caso del tío Pedro, que era un cabrero de aquí al lado, de Guijo de Santa Bárbara, que me decía: “lo de los aviones sí, pero lo de la luna, no”. Esas personas o las personas que difunden que la tierra es plana en todas las redes sociales obviamente van a seguir haciéndolo. Sin embargo, afortunadamente comienza a haber una cierta educación en el fenómeno y una más fácil distinción entre unos fenómenos y otros.

Durante un tiempo se ha confundido un poco todo. Las ciberamenazas con las *fake news* y las manifestaciones de la guerra híbrida. Solo con algún detenimiento vamos separando cosas. Y fijaos cómo cambian las cosas de los *hackers* de la primera época heroica, en la cual el único objetivo era violentar un sistema de seguridad para

no hacer nada, solo para dejar una firma y decir “yo he estado aquí y he podido sacar esta información, pero no lo he hecho porque mi interés era solo demostrar que yo podía abrir esta caja fuerte cibernética”. De eso hemos pasado a una utilización deliberada del malware como un arma de guerra, es decir, la emisión de programas piratas que pueden borrar el contenido de un ordenador, que pueden transmitir información a otro ordenador remoto, que pueden descabalar un sistema de defensa de un país. Hemos pasado a una forma más sutil de hacer guerra moderna, si es que al final esto está dirigido por alguien que tiene esa intención. Así, los medios cibernéticos se convierten en un vehículo de transporte del octavo pasajero, que es la mentira, con el objetivo de crear confusión y seguramente deslegitimar un modelo político. También hay que resaltar, hablando de *hackers*, que no solo se utilizan este tipo de mecanismos para difundir información falsa. Sobre la señora Clinton se han dicho muchas barbaridades, pero los correos difundidos a partir de una intrusión y una filtración eran reales. Y los *Panama papers* eran reales. Y los cables de todas las embajadas americanas del mundo eran los cables reales, auténticos, de las embajadas americanas. Este tipo de técnicas han sido ingenuamente alabadas y han creado iconos como el señor Assange, porque se suponía que este tipo de capacidad técnica para desvelar lo oculto era algo que favorecía la democracia, cuando hoy todos sabemos más o menos para qué tipos de intereses trabajaba el señor Assange. Por tanto, examinemos y limpiemos el campo de muchos obstáculos para concluir que la noticia falsa es el contenido, seguramente ya solo transmitido por vía cibernética, que tiene como objetivo manipular a las personas para influir en su comportamiento y, en muchos casos, en su comportamiento electoral. Pero también para que crean o dejen de creer en una religión, o para que crean o no en una teoría de la conspiración.

He tenido la oportunidad de hacer muchas misiones de observación electoral y sucede algo curioso. Los países que más necesitan demostrar que sus elecciones son limpias acumulan sistemas técnicos sobre sistemas técnicos, cibernéticos, informáticos, abren un ordenador, lo meten en una caja fuerte y cierran la caja, pero nadie sabe dónde van esos datos. En algunos países con democracias muy débiles, cuando un elector llega a su colegio electoral y entrega su pasaporte, por ejemplo, todo el mundo en la sala puede ver en una pantalla la cara y el nombre de esa persona. Tienen urnas electrónicas para dar confianza, pero esos sistemas son los menos fiables, son los más atacables y los más fácilmente manipulables. Pero sobre todo son atacables porque el interés de las personas que *hackean* elecciones no es variar el resultado, que al final no es fácil (salvo en Bielorrusia, que es el único país del mundo donde no se entregan en la mesa electoral los resultados de esa mesa, de tal manera que todo el mundo pueda chequearlos). El objetivo de las personas que manipulan elecciones y que intentan entrar en los sistemas cibernéticos electorales es crear desconfianza en el sistema político de que se trate. Eso es definitivo. Dicen que puede hacerse en EEUU, por ejemplo. Los sistemas de papeleta de urna electrónica de allí suelen ser muy antiguos, algunos son de los años 70, con unos sistemas operativos primarios. Las urnas están metidas en unos

almacenes fácilmente accesibles y si se manipulan las de unos 25 o 30 condados de 3 o 4 estados se puede dar la vuelta a una elección presidencial. Pero no hace falta porque el objetivo no es tanto ese, el objetivo de quien se dedica a hacer esto ahora es que no haya confianza en el sistema electoral democrático, porque esa sí es una ganancia a largo término. A ti te pueden robar una elección, pero si le robas a una parte de la población la confianza en el sistema electoral, ahí el daño es mucho mayor y hay un espacio para sembrar todas esas narrativas que tienen que ver con un interés obvio de deslegitimar a la UE u otras democracias occidentales.

Todo el dibujo que se quiere hacer de Europa en algunas zonas, especialmente Rusia, tiene que ver con la deslegitimación de la UE y con la legitimación propia, para que nadie considere que ir a una sociedad parecida a la europea es algo que tiene ventajas. Por eso, la información o la desinformación rusa (*Russia Today*, *Sputnik*, hasta *Izvestia*) lo que realmente pretende es dibujar a la UE como un desastre a punto siempre de derrumbarse, de corromperse, como un lío monumental en el que a los niños se les obliga a ser transexuales y en el que los estados se están deshaciendo en conflictos. Pero no para que nosotros los europeos lo creamos, no; es para que se lo crean los propios rusos, para que no quieran una sociedad similar. Para que un eventual interés por caminar hacia una sociedad como la nuestra tenga mucha más dificultad para imponerse en su opinión pública. Se trata en definitiva de que no creamos en nuestras instituciones políticas porque eso sí que permite un cierto desarme de la sociedad. Podría mencionar ejemplos sobre Borrell, sobre la OTAN. Una de las narrativas rusas u originadas en Rusia (no digo yo que sean oficiales) es la expansión de la OTAN como peligro para la paz, como si la OTAN fuera una mancha de aceite que se va expandiendo por su propia voluntad en vez de ser una organización en la cual los países solicitan entrar. Tuve un debate muy divertido con Podemos en el Congreso porque decían que cómo iba a entrar Montenegro en la OTAN. Pues pregunténle a Montenegro, que acaban de tener unas elecciones en las que se ha debatido el tema y el gobierno nuevo de ese país ha decidido pedir el ingreso en la OTAN.

Estas narrativas, pues, siempre tienen que ver con una cierta estigmatización de la UE. Pero reitero, no están dirigidas a nosotros, están diseñadas para legitimar



otros sistemas alternativos como el ruso, para que a nadie se le ocurra pretender un sistema parecido al de las sociedades avanzadas en derechos y libertades.

Y por eso creo que es una buena noticia que, a pesar de haberse realizado en este ambiente, las elecciones europeas hayan tenido un muy buen resultado en cuanto a participación, en un momento además en el que se hablaba de una cierta aversión al proyecto.

Otro de los elementos más esenciales de las noticias falsas en el campo político es la petrificación de los prejuicios, como señalan ya muchos estudios académicos. Esta enorme profusión de mensajes polarizados, que son siempre los más atractivos, crea grupos de personas impermeables a un análisis racional de la realidad. Por ejemplo, esa lista falsa de los siete mil beneficiarios de las viviendas sociales de Madrid que son inmigrantes magrebíes. La gente lo retuitea porque se lo cree y no quiere que nadie le diga que la realidad no es así. Y aún más grave, cuando se trata de verificar para contrarrestar estos casos, al final puedes estar contribuyendo a que otros que no habían oído hablar del bulo se apunten más al bulo que a la verificación y el desmentido. Por ello, el modelo de la verificación frente a las *fake news* parece que está poniéndose un poco en duda en este momento.

Pero veamos entretanto cuál es la consecuencia esencial de esta polarización de la sociedad. Tiene un efecto político inmediato: el pacto político es demoníaco. Sí, porque si tú creas contenedores estancos basados no en la racionalidad sino en las emociones y los sentimientos, si alimentas ese dogma, esa ideología, esa práctica política, al final cualquier cesión que se salga del corralito es algo inadmisibles y moralmente condenable. Y de ahí que la polarización de la sociedad, que se genera por el hecho de que las noticias falsas vayan sobre todo a alimentar los prejuicios de los extremos creando cápsulas impermeables a cualquier análisis racional, dificulte mucho cualquier pacto político. Porque el pacto político al final siempre va a ser vendido como una traición a algo y no como un mecanismo de superación de bloqueos. Y eso sucede en la política española en estos tiempos.

Termino con un mero apunte de jurista. Nuestra Constitución, al contrario que otras de nuestro ámbito, en el debate sobre el derecho a recibir y emitir *fake news* presenta un elemento diferencial muy interesante. Los españoles tenemos derecho a recibir información veraz. Veraz, no cualquier información sin más. Nuestra Constitución establece con gran inteligencia ahí un elemento muy interesante. No hay un derecho absoluto a recibir información y por tanto no hay un derecho absoluto a emitir información. Solo hay un derecho absoluto si es veraz, que no quiere decir verdadero. Quiere decir que haya sido obtenida con medios lícitos, que haya sido chequeada, que haya sido profesional. Y creo que a partir de esa palabrita en nuestra Constitución seguramente en España se hubiera podido construir, con respeto de la Constitución, algún tipo de regulación jurídica que permitiera atacar este problema con más garantías que en otros sistemas sin esa cláusula. ■